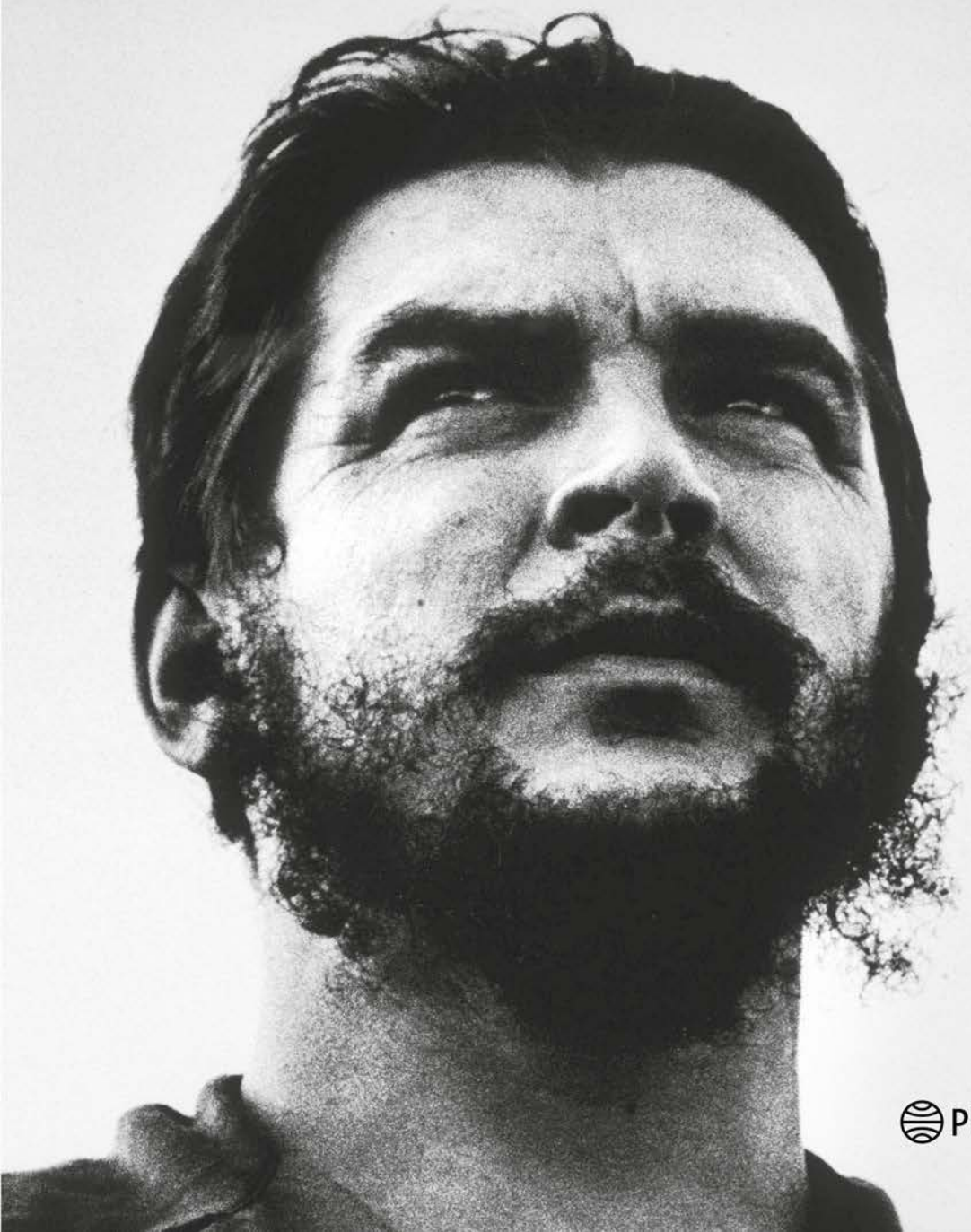
JJ BENÍTEZ

"Tengo a papá"

LAS ÚLTIMAS HORAS DEL CHE



Planeta

TENGO A PAPÁ

Las últimas horas del Che

J. J. Benítez

Planeta

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (art. 270 y siguientes del Código Penal)

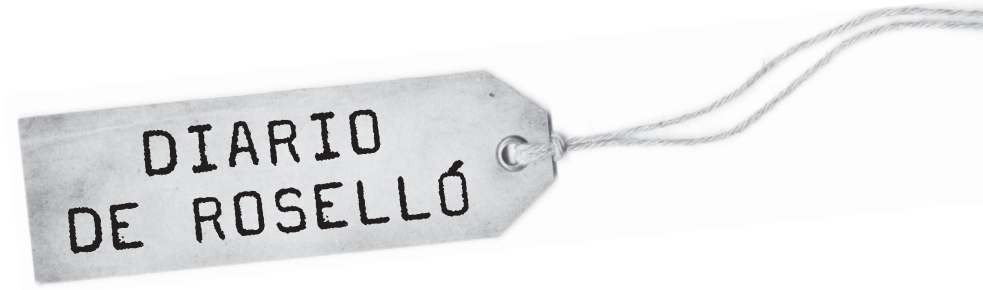
Diríjase a Cedro (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con Cedro a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

© J. J. Benítez, 2017
© Editorial Planeta, S. A., 2017
Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona
www.editorial.planeta.es
www.planetadelibros.com

© de las ilustraciones del interior, archivo del autor, AESA, retratos guerrilleros del Che, dibujados por el argentino Ciro Bustos, cortesía del Ejército boliviano, e imágenes de los guerrilleros cortesía de la Editora Política del Partido Comunista Cubano.

Depósito legal: B. 16.568-2017
ISBN: 978-84-08-17535-3
Composición: Safekat, S. L.
Impresión y encuadernación: Rodesa
Printed in Spain – Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como **papel ecológico**



Nada de lo planeado salió como se esperaba... ¿Fue un desastre minuciosamente planificado? Yo así lo creo.

Pero mejor será que arranque por el principio.

Conocí al Che en la Sierra Maestra, en plena revolución. Yo tenía dieciocho años.

Era un guajiro, un campesino. Allí había nacido. Allí perdí a mis padres. Y allí me casé. Mi esposa se llamaba Mami. Era igualmente guajira y muy bella.

Pero un día llegaron unos soldados de la Guardia Rural, al servicio de Batista, y nos acusaron de no sé qué. Arrastraron a Mami hasta el monte y allí la mataron, a tiros. Y la dejaron como un animal, entre las matas. Sólo tenía quince años.

A partir de esos momentos decidí vengarme de Batista.

Pero ¿cómo? Yo era analfabeto. Ni siquiera tenía un arma.

Y supe que unos barbudos andaban por la sierra, en lucha contra Batista, el dictador. Era el mes de enero de 1957.

Me acogieron y me hablaron de la revolución. Pero yo no sabía qué era eso. Yo sólo deseaba vengarme.

Y conocí a Camilo Cienfuegos, uno de los comandantes. Le caí bien y se convirtió en mi tutor. Él me enseñó a disparar. Con él hice muchos combates. Después conocí a Fidel y también al Che. Pero ninguno de los dos se parecía a Camilo. Mi tutor era sencillo. Usaba palabras cubanas y comprensibles. Siempre sonreía. El Che era otra cosa, mucho más serio y de palabras raras.

Con el paso del tiempo me convertiría en uno de sus compañeros y guardaespaldas. Y acompañé al Che a otros frentes guerrilleros. Peleé a su lado en el Congo, durante siete meses, y por último en Bolivia, hasta que le mataron. Sé, por tanto, de qué hablo.

ARGEL: LA MOSCA EN LA SOPA

Poco a poco, tras la victoria de la revolución, las diferencias entre Fidel y el Che fueron aumentando. Todos lo sabíamos en Cuba... Todos lo veíamos. Y todos intuíamos el resultado: uno de los dos sobraba.

Fidel y su hermano Raúl eran prorrusos. Moscú nos daba de comer. En aquel tiempo, las inversiones soviéticas en la isla superaban los cien millones de dólares anuales.

El Che tenía otras ideas y, sobre todo, otros sentimientos.

Su credo era el maoísmo. Predicaba el «hombre nuevo socialista». Un hombre que aplastara al imperialismo norteamericano y que engendrara una nueva sociedad. Y para ello sólo había un camino: la guerra.

La «coexistencia pacífica» defendida por los rusos era un insulto.

Así nació la vergonzosa prisión de Guanahacabibes, en la provincia de Pinar del Río. Allí fueron recluidos los que

habían cometido faltas contra la moral revolucionaria y contra el «hombre nuevo». El Che fue un importante defensor del «centro de reeducación», como lo llamaban eufemísticamente. Y encerró a toda clase de artistas, homosexuales, católicos, místicos, santeros, drogadictos e, incluso, seguidores de los Beatles.

Y llegó el 25 de febrero de 1964.

El Che subió a la tribuna, en el II Seminario Económico de la Solidaridad Afroasiática, celebrado en la ciudad de Argel y, sin consultarlo con Fidel Castro, desnudó a Moscú, ante el regocijo de Occidente.

«Los soviéticos —clamó en francés— negocian su apoyo a las revoluciones populares en beneficio de una política ajena, egoísta, alejada de los grandes objetivos internacionales de la clase obrera...».

Y añadió, en mitad de un silencio de muerte:

«... Los países socialistas (Moscú) son cómplices de la explotación imperialista».

Los rusos se sintieron avergonzados e indignados.

Y el Che prosiguió su discurso, calificando a los soviéticos de «ladrones y traidores», entre otras lindezas.

Cuando el Che regresó a Cuba, Fidel Castro y el «rebelde» se encerraron durante tres horas. Los gritos se oían en el jardín.

Fue en mitad de esa bronca cuando Fidel ordenó que hiciera la maleta y abandonara la isla. Podía volver a su mundo irreal de la guerra de guerrillas. Y sugirió el Congo.

La inteligencia cubana, con el célebre Barbarroja al frente, prometió que la aventura en el Congo se prolongaría durante dos años. En ese tiempo, el Departamento de la Liberación (organismo dedicado a la organización de guerrillas revolucionarias en América) pondría a punto la infraestructura necesaria para trasladar al Che a un país de América del Sur.

«La lucha en el Congo —aseguró Piñeiro, jefe de los servicios de inteligencia cubanos— servirá para endurecer a los combatientes que acompañarán en su día al Che a la guerra de guerrillas de Sudamérica.»

Y el mencionado Departamento de Liberación (la cloaca de las cloacas del Ministerio del Interior) puso manos a la obra: el Che moriría como un héroe.

Estábamos en marzo de 1964.

No debemos olvidar esa fecha.

Por encargo de Fidel, Manuel Piñeiro, alias *Barbarroja*, y sus hombres iniciaron una operación secreta para hacer desaparecer al incómodo Che. Pero había que hacerlo con tacto e inteligencia, de forma que la «caída» lo convirtiera, además, en un mito.

Fidel, naturalmente, informó a los rusos.

La suerte del Che estaba echada... Tarde o temprano caería. Esa fue la exigencia de Moscú para seguir subvencionando a Cuba.

UNA PATADA A LA RADIO

La campaña guerrillera en el Congo fue un desastre total.

Nada salió como esperábamos.

Y allí descubrí a un Che que no conocía. Se volvió vulgar, grosero, intransigente y déspota.

Maltrató a los combatientes congoleños y, por supuesto, a nosotros, los cubanos. Yo empecé a tenerle miedo.

Nos preguntamos más de una vez qué pintábamos en aquel país. Y llegamos a insinuárselo. Pero el Che se burlaba de nosotros o nos castigaba con guardias y reducía las raciones de comida.

El 3 de octubre de 1965, días antes de nuestra vergonzosa huida del Congo, el Che estaba oyendo la radio. Y, de pronto, escuchamos a Fidel. Hablaba ante el Congreso del Partido Comunista Cubano. Fidel leyó una carta del Che. Mejor dicho, una supuesta carta. En el texto, el Che se despedía de Cuba, de su nacionalidad cubana, de sus cargos y de sus hijos. Nos quedamos perplejos.

¿Qué dijo el Che? Nada y todo. Se volvió hacia la radio y lanzó una patada. Pero no alcanzó el aparato. Fidel lo tenía todo calculado...

LAS "GUERRITAS" DEL CHE

El 24 de octubre de 1965, amparados en la oscuridad, cruzamos el lago Tanganica y huimos. Allí quedaron, abandonados, los rebeldes congoleños y algunos de mis compañeros cubanos.

El Che se refugió en la embajada cubana en Dar es Salam, en Tanzania.

Le ofrecieron regresar a Cuba, pero se negó. Estaba avergonzado e histérico. Todo había salido mal. Su prestigio estaba por los suelos. Fidel había leído una carta que —según el Che— «nunca escribió». No podía retornar a la isla. A no ser que...

Y Fidel lo engañó de nuevo.

Barbarroja se comunicó con el Che y le hizo ver que tenía varias «ofertas para sus guerritas».

Naturalmente, Barbarroja era la voz de su amo (Fidel).

Una de las propuestas fue Bolivia (!).

Pero el Che la rechazó. Él deseaba guerrear en Perú.

El Departamento de Liberación terminó convenciéndolo. Bolivia era el «puente» para el sueño dorado del Che: iniciar la guerrilla en su querida y añorada Argentina.

¿Qué le dijeron? ¿Qué le prometieron? Sólo Fidel y los hombres de la inteligencia cubana lo saben.

La cuestión es que, en marzo de 1966, el Che huyó de Tanzania y voló a Praga. Allí permaneció escondido.

Regresaría a Cuba el 21 de julio y de riguroso incógnito.

Pero antes de su retorno a la isla pasaron cosas.

Algunas muy graves y significativas.

Fidel y su fiel Barbarroja se reunieron con el secretario general del Partido Comunista de Bolivia, Mario Monje.

En la primera entrevista, en enero de 1966, Fidel Castro sondeó las intenciones de Monje. ¿Estaba dispuesto a colaborar en la guerra de guerrillas en Bolivia? Monje dijo que sí y quedó en enviar bolivianos a Cuba para su adiestramiento.

Aparentemente, Monje mordió el anzuelo. El diabólico plan de Castro siguió su camino.

En mayo de ese mismo año —cuando el Che se encontraba oculto en Praga—, Fidel volvió a convocar al secretario del Partido Comunista de Bolivia. En un vuelo de Camagüey a La Habana, Fidel conversó con Monje y le dijo, textualmente: «... Resulta que un amigo común quiere volver a su país... Alguien cuyo calibre revolucionario nadie puede poner en tela de juicio... Y nadie puede negarle el derecho de regresar a su país... Él piensa que el mejor lugar por donde pasar es Bolivia... Te pido que le ayudes a pasar por tu país».

Monje adivinó de inmediato que el «amigo común» era el Che Guevara. Y aceptó, naturalmente.

Fidel lo engañó de nuevo. No se trataba de llegar a Argentina por Bolivia. Eso, de ser cierto, lo hubiera podido llevar a cabo por cualquier otro camino.

Pero Monje no era tan necio como calculaban Fidel y sus fieles hombres de la inteligencia cubana. Y el secretario del Partido Comunista Boliviano voló a Moscú e informó de los planes de Fidel.

Estaba claro. Fidel pretendía deshacerse de su «amigo» y los rusos aplaudieron en silencio.

Y la operación «Mameluco» siguió su curso...

LA TERCERA GUERRA MUNDIAL

En julio de ese año (1966), el Che ingresó en Cuba. Nadie lo supo, salvo Fidel, los hombres de Barbarroja y Aleida March, su segunda esposa.

¿Qué le propusieron al Che?

Muy simple: establecer la guerrilla en Argentina, pero antes debía establecer las condiciones desde Bolivia. Allí reuniría a una fuerza importante subversiva y, poco a poco, los guerrilleros serían lanzados a los países fronterizos: Brasil, Perú, Venezuela y Argentina, naturalmente. Él, entonces, pasaría a Argentina y se haría con el poder. Esta situación —según el Che— provocaría la inmediata intervención de Estados Unidos en cada uno de los países. Y ello llevaría al enfrentamiento entre Oriente y Occidente. Rusia y China combatirían a USA y a sus aliados y estallaría la tercera guerra mundial. Sería la victoria del «hombre nuevo socialista».

Así se lo pintaron al ingenuo Che. Y éste aceptó encantado.

LA BELLA TANIA

En septiembre de 1966, el Che envió a La Paz a *la bella Tania*, alias de Tamara Bunke Bider, una agente triple, al servicio de la temida Stasi (policía política de Alemania del Este), del KGB ruso y de la no menos temida inteligencia de Cuba.

Tania tenía veintinueve años. Era rubia, de bellísimos ojos verde-azulados, atlética, experta en tiro deportivo y conocedora de varias lenguas. Había nacido en Buenos Aires, aunque de madre alemana. En 1960 llegó a Cuba como traductora y se hizo amante del Che.

El objetivo del Che era reunir un máximo de información sobre las autoridades bolivianas y conseguir que Tania empezara a preparar la infraestructura ciudadana para la guerrilla.

La valiente y hermosa espía hizo bien su trabajo y llegó a ser la amante del general Barrientos, presidente de la República.

Pocos días antes de la llegada de Tania a La Paz, el 26 de agosto, dos bolivianos del Partido Comunista compraron una finca en la región de Ñancahuazú, al sur de la ciudad de Santa Cruz de la Sierra, en el sureste boliviano. Se hicieron pasar por ganaderos y pagaron, en metálico, 10.000 pesos bolivianos. El dinero, por supuesto, procedía de Cuba. La propiedad abarcaba una extensión de 1.227 hectáreas.

El Che no estuvo de acuerdo con la compra de la referida finca. Él prefería un terreno en el Alto Beni, en la amazonia boliviana. Ñancahuazú era un lugar despoblado, perdido entre montañas y muy mal comunicado. Pero Barbarroja terminó convenciendo al Che. Era el lugar ideal para su destrucción, aunque esto último fue considerado «secreto de Estado». Sospecho

que el Che nunca supo de las sucias maniobras de su «amigo» Fidel.

Y los hombres del Departamento de Liberación, con Barbarroja a la cabeza, siguieron trazando los planes para el asentamiento y desarrollo de la guerrilla del Che en los bosques de Ñancahuazú.

25.000 PELOS

En aquel verano de 1966, siguiendo las consignas de Barbarroja, un escogido grupo de combatientes cubanos fuimos convocados al despacho de Raúl Castro, entonces ministro del Ejército. Allí llegaron viejos amigos: todos habían luchado con Fidel en la Sierra Maestra. Conté quince.[1]

Raúl fue muy escueto. Nos dijo que habíamos sido seleccionados «para una misión muy importante».

Nos dio la mano y se despidió.

¿Una misión importante?

Ya lo creo que lo era: nos llevaron a una muerte segura y planificada, pero, sobre todo, organizaron la «desaparición» del Che. Los rusos quedaron muy satisfechos.

A partir de ese momento nos metieron en un camión y nos llevaron a una finca propiedad del Estado, al oeste del país, entre los pueblos de Cabaña y Artemisa, en el arranque de la sierra del Rosario.

Allí nos entrenamos duramente durante 85 días.

Y una mañana sucedió algo poco común...

1. Recuerdo a los siguientes: teniente médico Octavio de la Concepción, Harry Villegas, Tamayo, René Martínez (capitán), Carlos Coello (teniente), Montes de Oca, Olo Pantoja, Eliseo Reyes, Jesús Suárez (capitán), Manuel H. Osorio (capitán) y los comandantes Sánchez Díaz, Juan Vitalio, Gustavo Machín y Martínez Tamayo.

Nos metieron en el mismo camión y nos trasladaron a un lugar llamado San Andrés de Taiguanabo, en la sierra de los Órganos.

Nos detuvimos frente a una casa señorial, con piscina. Y nos hicieron formar.

Al poco se presentó un tipo muy bien trajeado, con los zapatos brillantes y unos espejuelos (gafas) de cristales gruesos. Era casi calvo.

Caminó despacio hasta nosotros y pasó revista.

Fumaba en pipa; una pipa de plata.

Y pensé: «¿Este sujeto será nuestro comandante? Parece un burócrata o un hombre de negocios».

Tomassevich, que era nuestro comandante en los entrenamientos, se dirigió al personaje de la pipa y declaró:

—Doctor, éstos son los hombres de los que le habló Fidel. A ver qué le parecen.

El individuo continuó observándonos. Su mirada, ahora, era burlona.

Finalmente replicó, de manera que todos pudiéramos oírle:

—A mí me parecen unos comemierdas...

Nos enfadamos, y mucho.

Y el tipo se acercó y nos dio la mano, uno por uno. Al hacerlo comentaba:

—Mucho gusto. Ramón...

Al terminar, Tomassevich volvió a preguntar:

—¿Qué le parecen ahora?

—Siguen siendo los mismos comemierdas...

El silencio fue total. Nos lo comíamos con la mirada. ¿Quién era aquel miserable para insultarnos?

Después se detuvo frente al comandante Sánchez Díaz y le dijo:

—Yo a ti te conozco...

—Es imposible que usted me conozca.

—¿Tú no eres el comandante Pinares?

Estábamos desconcertados. Y el de la pipa de plata prosiguió:

—Tú eres aquel que, cuando la crisis de octubre, andaba por aquí, por Pinar del Río, en un jeep todo destartalado, metiéndoles mentiras a los campesinos.

El comandante Pinares se sintió ofendido y adoptó una pose agresiva, aunque bastante cómica. Y terminamos riendo. El de la pipa también reía. Uno de nosotros —creo que fue el Rubio— se salió de la formación y, enfadadísimo, agarró al tipo por el cuello, al tiempo que gritaba:

—¡Coño, qué bicho eres tú!

Y, de pronto, el Rubio, sin soltar el cuello del doctor, exclamó:

—¡Coño, muchachos, es el Che!

Fue una prueba. La metamorfosis fue tal que no lo reconocimos.

Los especialistas de la inteligencia cubana hicieron un buen trabajo. Para empezar le arrancaron parte de la cabellera, con el fin de simular la calvicie. Necesariamente, el experto en fisonomía tuvo que arrancar pelo por pelo. Los chillidos del Che se oían en todo el edificio. En total fueron arrancados 25.000 cabellos (que fueron religiosamente guardados en una caja fuerte). La operación se prolongó durante diecisiete días. También le sembraron nuevas cejas y le colocaron varias prótesis dentales que deformaron sensiblemente la cara. Además de los espejuelos se redujo la estatura, fabricando unos zapatos especiales, sin tacón.

El resultado, como digo, fue espectacular.

El día de la despedida de sus hijos fue especialmente amargo para el Che. Ninguno de ellos lo reconoció. Él se hizo pasar por el «tío Ramón». La despedida fue fría, sin besos ni abrazos. El Che saludó con la mano y se alejó.

Después, Aleida, la esposa, lloró desconsoladamente. Ella supo que no volvería a verlo.

La despedida de Fidel fue extraña. Se abrazaron brevemente y se desearon suerte. Ambos sabían que no volverían a verse.

Fidel es un consumado actor y supo disimular.

Conviene aclarar que el Che no se hallaba al mando de esta nueva operación. Las decisiones capitales, la infraestructura, las comunicaciones, las armas, etc. estaban a cargo del Departamento de Liberación y, más concretamente, bajo la dirección de Piñeiro, alias *Barbarroja*, la mano derecha de Fidel Castro.

La traición seguía su curso...

TODO PATAS ARRIBA

La compra de la finca en las montañas de Ñancahuazú, en la serranía de Incahuasi y cerca del río Ñancahuazú, fue otro grave «error» en la planificación de la inteligencia cubana.

El terreno es especialmente abrupto, con elevaciones que rondan los 2.000 metros y bosques casi impenetrables, surcados de arroyos y ríos de mediano porte. La población es escasa y desconfiada, sin la menor preparación política.

La compra de la finca era vital para el buen desarrollo de la guerrilla. Allí nos estableceríamos, allí nos entrenaríamos cada día y desde allí pondríamos en marcha las acciones de acoso al ejército. Al ser una propiedad privada, nadie tenía por qué meter las narices. Pero no fue así...

En el lugar no había caza. Las aldeas y ranchos más cercanos estaban a muchos kilómetros. Para col-

mo, los responsables de la logística (el Partido Comunista de Bolivia) no habían hecho nada. No había comida, ni armas. Todo estaba patas arriba. Todo por hacer...

Pero eso no fue todo. El único camino de acceso a la finca pasaba por delante de otra propiedad. El dueño se llamaba Algarañaz. Era un criador de puercos. Vivía en la ciudad de Camiri, al sur, pero visitaba sus tierras cada semana. En la finca tenía un guarda que vivía permanentemente en la zona. Nuestros hombres tenían que pasar —obligatoriamente— por delante de las tierras de Algarañaz. Ése fue otro lamentable «error». ¿O no fue un error? Como dije, los preparativos (hasta los más insignificantes detalles) corrieron por cuenta de la inteligencia cubana...

El día 3 de noviembre de 1966, el Che ingresó en La Paz. Salió de La Habana y voló a Moscú. De allí se dirigió a Praga, París, Río de Janeiro y Corumbá, en la frontera entre Brasil y Bolivia. Lo trasladaron por carretera hasta la ciudad boliviana de Cochabamba y allí tomó otro avión a La Paz.

Nosotros, por parejas, hicimos itinerarios parecidos. Tres días después de su llegada a Bolivia, el Che tomó un jeep y se dirigió a la finca de Ñancahuazú.

Al llegar, su enfado fue monumental. Como decía, todo estaba manga por hombro. No había nada, salvo cuatro mesas y tres bancos de madera.

Cuando llegué a la finca el 10 de diciembre, el Che estaba en plena organización de aquel desbarajuste.

Se estaba acondicionando un campamento central, con una choza para el secado de la carne, una enfermería, un horno para cocer el pan, una letrina excavada en la tierra y rodeada de tablas agujereadas y una serie de túneles en los que se pretendía conservar la munición, las escasas armas, los víveres, los docu-

mentos más comprometedores y la radio que servía de enlace con «Manila» (Cuba). Los veinticuatro hombres que formábamos el grupo dormíamos bajo grandes lonas de camuflaje. Cada cual llevaba su hamaca. De esos veinticuatro guerrilleros, nueve eran bolivianos. A todas luces se trataba de un ejército de juguete y mal abastecido.

A varios kilómetros, sobre un cañón, se estableció lo que llamábamos la «casa de zinc»: una casita de ladrillos rojos y techo de calamina que serviría de «recepción» para los futuros combatientes.

Para llegar a la «casa de zinc» era preciso caminar durante dos horas, como poco.

Y los hombres trabajaron igualmente en el trazado de algunas sendas, marcándolas en los árboles a machetazos.

Muy pronto nos dimos cuenta de la seria amenaza de los mosquitos e insectos. No disponíamos de redes protectoras. La única solución era fumar y hacerlo constantemente. Pero, durante las noches, el suplicio era mortal. Esta situación, sin poder conciliar el sueño, y la falta de comida y de medicamentos empezaron a enturbiar la relación entre nosotros. Por las noches, para colmo, los vientos fríos procedentes del polo sur hacían bajar las temperaturas hasta dos y tres grados bajo cero. No disponíamos de mantas. En cuanto al ron, se terminó en tres días.

El Che, como digo, blasfemaba contra todo.

Semanas después habíamos levantado otros campamentos satélites en los alrededores de la «casa de zinc» y del campamento central. Uno fue bautizado como «Oso». A otros los llamamos «Rubio», «Arroyo» y «Rojo».

El 20 de diciembre de 1966 llegaron los últimos compañeros cubanos.